

vos, pues el pastor español no suele abandonar un animal á los buitres sin quitarle antes la piel.»

En vista de tantos datos conformes en casi todos los puntos, difícil es aceptar como veraces los cuentos que los naturalistas suizos han propagado sobre la fuerza, el atrevimiento y rapacidad del gipaeo. Por el estilo de esos cuentos son las historias de Steinmueller, quien dice que un gipaeo barbudo intentó precipitar á un buey desde una roca; que otro se llevó un cabrito de un año por los aires á pesar de los esfuerzos del amo, cuyos ataques rechazó; que un tercero dejó caer desde las regiones aéreas una cabra que pesaba quince libras; un cuarto se llevó una trampa de hierro de veintisiete libras de peso á una montaña muy alta; un quinto fué muerto en el aire por una zorra que había atrapado; un sexto arrebató un niño á presencia de sus padres; y un séptimo, en fin, arastró una niña de tres años, Ana Zurbuchan, á una distancia de cuatrocientos pasos, y solo la llegada de un hombre, atraído por los gritos de la criatura, impidió que la devorase, pero la víctima quedó herida en el brazo izquierdo y en la mano.

Si Girtanner no hubiese referido últimamente el caso de haber acometido un gipaeo barbudo á un muchacho de cierta edad, no tendría ningun reparo en calificar de fábulas todas estas historias, considerando al gipaeo barbudo como un pernoptero de mayor tamaño, es decir un ave de rapiña sin fuerza, cobarde y mal dotada, tanto física como intelectualmente, un ave que solo en ciertas ocasiones coge un vertebrado vivo cuando es débil, pero que por lo regular se alimenta de huesos y otros despojos animales. Sin embargo, como aprecio mucho al citado naturalista y le tengo por un observador concienzudo, no debo pasar en silencio su descripción, por difícil que me sea creer en su exactitud.

«La cuestión sobre el régimen alimenticio del gipaeo barbudo de los Alpes, dice Girtanner, cuyas noticias reproduzco en extracto, tanto por lo que hace á la clase de las sustancias de que se alimenta como á la manera de apoderarse de ellas, es el capítulo mas discutido de su historia natural. Consta que devora cadáveres en putrefacción: en esto resultan conformes todas las noticias; y la prueba mas evidente, si no queremos hacer deducciones de su conducta en cautividad para aplicarlas á su vida libre, es que las trampas siempre tienen por cebo carne podrida, y que se ha encontrado muchas veces al ave sobre cadáveres en putrefacción. Un cazador de Graubunden mató un individuo viejo posado sobre una ternera muerta que estaba al pié de una roca escarpada; la rapaz había arrancado ya los ojos, ocupábase en abrir el vientre del animal con toda la fuerza de su ganchudo pico, cuando la bala le tendió muerto sobre el cadáver. En cuanto á la ternera, habíanla visto pacer poco antes en la superficie de aquella roca. Varios gipaeos han sido muertos sobre cadáveres de gamuzas, llevándose el cazador como buena presa el cuadrúpedo y el ave. El gipaeo libre comienza siempre á destrozar por la nuca los mamíferos pequeños que coge: despedázalos con su pico y los sujeta con uno ó los dos piés; si los animales son grandes procede como ya hemos indicado.

»El hecho de que deja caer los grandes huesos desde una altura considerable para romperlos sobre las rocas, hecho de cuya veracidad se dudó mucho, ha sido confirmado repetidas veces del modo mas evidente en Graubunden. Solo cuando el gipaeo barbudo de los Alpes no consigue coger una presa viva vuelve en busca de los animales que mató ó de los cuerpos hallados antes, los cuales devora completamente.» Nuestro cazador del Tesino vió en invierno como un gipaeo fué á buscar al cabo de ocho dias un animal muerto, puesto como cebo, al que se dirigió en línea recta

desde muy léjos, guiado por el olfato ó por la memoria que conservaba del sitio. Una vez sobre el cadáver, al que no se acerca sin adoptar ciertas precauciones, cébase en él, seguro de no ser molestado; pero si es tan cauteloso tratándose de un cuerpo putrefacto, muéstrase en cambio muy atrevido cuando el hambre ó la necesidad le apuran. «Así, por ejemplo, me escribe Manin, cierto dia, durante una furiosa tempestad de nieve, vi á un gipaeo viejo saltar en medio del camino cuando solo me hallaba á quince pasos de distancia. El sitio donde sucedió esto hallábase inmediato á una casa en que el mismo dia se había matado un animal doméstico, y donde el ave encontró probablemente huesos, intestinos ú otros despojos.» En nuestras regiones prefiere los cuadrúpedos pequeños muertos por él mismo, como por ejemplo liebres, marmotas, gamuzas y cabras recién nacidas ó pequeñas, corderos y cochinitos: en general agrádanle mas los animales salvajes que los domésticos. Cuando encuentra tales mamíferos, cuya caza no le cuesta muchos esfuerzos, contentase con satisfacer su apetito como mejor le parece; mas si no lo consigue, ni tampoco encuentra un cadáver, el hambre y el instinto de propia conservación le obligan á atacar y vencer animales vivos de mayor tamaño, como carneros, cabras, gamuzas, zorros, terneras, etc. Todas las noticias que sobre este punto he obtenido de observadores concienzudos están demasiado conformes para que yo pueda poner en duda el hecho. Los mismos observadores convienen tambien en que el gipaeo barbudo de los Alpes no podría mantenerse exclusivamente de cadáveres y mamíferos pequeños. De las liebres se apodera ahuyentándolas de la maleza ó de los abetos enanos para cogerlas en terreno descubierto, ya volando sobre ellas ó bien aturdiéndolas antes de un aletazo. Segun la seguridad que ofrezca el sitio, devora la presa en seguida ó la lleva á su nido ó al lugar que elige para el descanso. En la caza de las gamuzas, de los corderos, etc., adultos se sirve primeramente de sus alas y no de las garras. El águila, recogiendo las alas, precipitase como una bomba desde la altura sobre su víctima, se coge á ella con sus garras y la mata por sofocación; pero el gipaeo barbudo suele atacar siempre muy de cerca. Nuestro observador del Tesino dice lo siguiente, refiriéndose á sus propias observaciones: «Cuando el gipaeo barbudo distingue, con su penetrante vista, un animal en el suelo, y le parece á propósito para devorarlo, no se precipita como una piedra desde las alturas, á la manera del águila real, sino que se acerca describiendo anchos círculos. Muchas veces se posa primero en un árbol ó en una roca, y no comienza el ataque hasta despues de haberse remontado otra vez á poca altura. Cuando ve gente por los contornos produce ruidosos graznidos y se aleja. No ataca nunca á los animales que pacen en el valle, léjos de precipicios; pero si observa una gamuza que se halla cerca de un barranco, acércase rápidamente por detrás, y ahuyéntala con poderosos aletazos hasta que, aturrida del todo, huye hácia la pendiente. Solo cuando ha logrado este fin acumula todas sus fuerzas en las alas: por ambos lados, las duras rémiges golpean con gran estrépito á la víctima espantada y casi ciega, que en vano intenta defenderse con sus cuernos del asesino. Al fin se atrevé á saltar ó da un paso en falso; precipitase á la profundidad ó cae exhausta y rueda moribunda al precipicio. El gipaeo barbudo sigue lentamente á su víctima, la remata en caso de necesidad con las alas y no con el pico y comienza en seguida á destrozar el cadáver aun caliente. Cuando un carnero ú otro animal semejante, ó bien un perro de caza se encuentra en un sitio muy escarpado sin echar de ver á la rapaz que se acerca por detrás, la lucha dura regularmente muy poco tiempo. Dando algunos fuertes aletazos, dirigese en línea recta hácia la vic-

tima sorprendida y la echa al primer choque á la profundidad ó la arranca volando con el pico ó con las garras por fuera de la márgen de las rocas, la deja caer y destrozarse en el precipicio.» Conforme con esto Baldenstein, me escribe lo siguiente: «Cierta dia, despues de cazar, hallábame conversando por la tarde con un pastor, cuando su perro comenzó á olfatear cerca del precipicio que se hallaba á poca distancia. De repente resonó un aullido del perro, y en el mismo momento vimos al fiel vigilante de las manadas en el aire encima del precipicio, mientras que su asesino, un viejo gipaeo barbudo, cerníase triunfante sobre su víctima. Poco antes no habíamos fijado nuestra atención en el perro ni tampoco en el gipaeo, hasta que el extraño grito del noble animal nos hizo mirar hácia aquel sitio. Sin aquella voz de terror, habría desaparecido de un modo misterioso, sin que nos fuese dado explicar el hecho, aunque seguramente hubiéramos sospechado la causa de su muerte.

»El vulturido descendió rápidamente sobre su presa y desapareció con ella por delante de nosotros. Todo esto sucedió con mas rapidez de la que se necesita para contarlo. No puedo decir si el ave precipitó á su víctima en el abismo mas por la fuerza de sus aletazos que por la de sus picotazos, pues segun he dicho, el perro se hallaba ya en el aire cuando su aullido llamó nuestra atención. En cambio, sé con seguridad que aquel gipaeo no atacó á ninguno de mis perros mientras, léjos del precipicio, buscaban en terreno llano, si bien se le vió cerniéndose sobre ellos. El gipaeo barbudo no acomete lo mismo que el águila.» Saratz tuvo ocasion de ver por sus propios ojos cómo este gipaeo ataca y vence á las gamuzas, aun á las adultas. «Cierta dia, dice, en ocasion de hallarme observando desde mi casa las gamuzas en su marcha, vi de pronto cómo un poderoso gipaeo, precipitándose sobre las ancas de uno de aquellos cuadrúpedos, descargó algunos rápidos aletazos que le derribaron por tierra, donde en seguida comenzó á destrozarle á picotazos. En una de mis cacerías vi una vez un pequeño grupo de gamuzas que avanzando á lo largo de un angosto témpano de hielo, y conducidas por la hembra de mas edad, dirigíanse hácia la cima de la montaña. La hembra se detiene de pronto; todas las demás gamuzas la imitan, y en un momento forman círculo, poniendo las cabezas en el centro. Una mirada hácia la altura me reveló la causa de tan brusca detención, pues vi que sobre ellas se balanceaba algo en el aire; un anteojo me permitió reconocer que era un gipaeo barbudo. El ave se precipitó en línea diagonal por detrás de las gamuzas; pero estas la recibieron con sus cuernos, obligándola á resistir de su ataque. Cuatro veces repitió su acometida, y á la quinta elevóse á una gran altura, hasta que solo se la vió como un punto perdido en el cielo; solo entonces dispersáronse los cuadrúpedos asustados, dirigiéndose á la carrera á una roca saliente, bajo la cual se refugiaron, fijando sus miradas en los aires. En esta posicion permanecieron hasta que el crepúsculo vespertino las tranquilizó del todo.» Otro cazador de Graubunden refiere que una vez un gipaeo barbudo que á poca distancia de él se precipitó sobre una gamuza, hizo inútiles tentativas para despeñarla á fuerza de aletazos; su ataque ordinario tuvo esta vez mal éxito, porque el astuto cuadrúpedo, en vez de huir hácia la pendiente, dió algunos saltos atrevidos á tiempo, refugiándose en la cavidad de una roca, donde rechazó valerosamente con los cuernos todos los ataques, sin abandonar su segura posicion. Un caso del todo semejante ocurrió en el Tesino. Todas estas noticias provienen de los montañeses del territorio de los Alpes, donde el gipaeo barbudo vive aun continuamente; de hombres que no saben distinguirlle perfectamente del águila real, y á los cuales no se inducirá nunca á dejar de

crear lo que ellos mismos han visto en pleno dia con sus propios ojos. Desde hace mucho tiempo se ha creído que el gipaeo barbudo osa tambien atacar al hombre con la intención de matarle: este aserto se calificó generalmente de fábula; pero algunos le consideraron como un hecho positivo, ó por lo menos posible. Los ejemplos de haber sido arrebatados niños pequeños por grandes aves de rapiña, que solo podrian ser en nuestros Alpes el águila real ó el gipaeo, han sido confirmados con demasiada seguridad para que se pueda dudar de la exactitud de los hechos; y no comprendo muy bien porqué el culpable ha de ser siempre el águila real, ni me explico tampoco porqué el gipaeo barbudo no ha de cometer las mismas fechorías. Sabido es que se atreve con las gamuzas adultas, mas capaces de resistirse que una criatura, y puesto que las vence casi siempre, mas fácil le será apoderarse de un débil sér cuando se le ofrece la ocasion de precipitarse desde las rocas, donde con harta frecuencia se permite jugar á los niños de la montaña. Sin temor de engañarnos podríamos acusar de tales fechorías á las dos rapaces, pues tambien el gipaeo barbudo intenta llevarse la presa cuando por cualquiera razon no puede comérsela en el mismo sitio donde la cogió. Cuando el peso de la víctima es superior á su fuerza, á causa de su tamaño, siempre le queda el recurso de dejarla caer, como se ha observado muchas veces. Mas fundada y mas comprensible es la duda sobre el hecho de que nuestro gipaeo barbudo se atreve tambien con hombres medio adultos, intentando matarlos de uno ó de otro modo. Se conocen muy pocos ejemplos de tales ataques, con ó sin ningun éxito, que no diesen lugar á las dudas mas justificadas; sin embargo, la veracidad de aquel caso ocurrido en los alrededores de la Silbernalps, donde, segun se dice, un gipaeo barbudo precipitó á un pequeño pastor desde una roca al abismo y comenzó á devorarle, parece muy posible, por haberse confirmado últimamente un suceso análogo en el país superior de Berna. Este último caso del ataque de un gipaeo barbudo contra un hombre casi adulto aconteció en el año corriente, y por lo mismo no es ninguna historia anticuada; he practicado todas las diligencias posibles para obtener la confirmación del hecho ó probar que la noticia es una invención.

«En junio de 1870 se pudo leer en varios diarios suizos que cerca de Reichenbach, en el canton de Berna, un niño había sido atacado por un gipaeo barbudo y que seguramente hubiera muerto á no haberse logrado ahuyentar á tiempo al ave. Al principio hice poco caso de esta noticia, esperando que el gipaeo barbudo se transformaria pronto en un águila ó en un gavilan y el niño atacado en un polluelo; pero esta vez no se desmintió el hecho, y como el asunto tenia bastante interés para mí, dirigíme al señor Haller, cura protestante en Kandergrund, cuya amabilidad me era ya conocida.» El naturalista refiere á continuación cómo el citado cura le dirigió á otro colega, el señor Blaser, quien despues de algunas dilaciones le refirió el caso siguiente: «El 2 de junio de 1870, á eso de las cuatro de la tarde, el muchacho en cuestión, Juan Betschen, jóven alegre, de catorce años de edad, pequeño aun, pero de estructura robusta, se dirigió desde Kien hácia Aris. Kien está situado en el fondo del valle, cerca de Reichenbach, en el ángulo que forman los rios Kander y Kien; Aris se halla á unos 150 metros de altura en una grada de la pendiente. El camino que el muchacho seguía condújole á unas praderas recién segadas, y cuando hubo llegado á un pequeño pasto á mil pasos de distancia de las casas, fué acometido de pronto, cuando menos podía esperarlo. El ave se precipitó con una fuerza terrible por detrás del muchacho, envolvióle la cabeza con ambas alas, lo cual le produjo una impresión como si le tocasen dos hoces, y ya el primer golpe

le derribó aturdido en tierra. Al caer, volvióse el muchacho para ver quién le tapaba tan bruscamente la cabeza; pero fué acometido por segunda vez con ambas alas que casi al mismo tiempo produjeron un zumbido á izquierda y derecha de la cabeza, privándole casi del conocimiento. El muchacho pudo reconocer entonces el ave enorme, que por tercera vez se precipitó sobre él, clavándole las garras en el costado y en el pecho; con sus repetidos aletazos privóle casi del aliento, y comenzó en seguida á golpearle la cabeza con el pico. A pesar de los movimientos de las piernas y de todas las evoluciones del cuerpo, el muchacho no logró ahuyentar al ave; concentrando toda su fuerza en los puños, procuró parar con uno de ellos los picotazos, mientras que con el otro golpeaba á su enemigo. Esto debió producir su efecto, pues el ave se elevó súbitamente sobre el niño, quizás para repetir el ataque; mientras que aquel comenzó á gritar con todas sus fuerzas. No se sabe si estos gritos retrajeron á la rapaz de renovar el ataque, ó si la presencia de una mujer que acudía, atraída por los gritos, haría desistir al ave de su empeño; pero el caso es que en vez de precipitarse de nuevo sobre su víctima, desapareció rápidamente por detrás de un declive. El muchacho estaba tan desfallecido y atolondrado por el miedo y el terror, que apenas podía moverse; la mujer se acercó cuando se levantaba aturdido y sangriento del suelo, y ya no vió al ave. A pesar de todo, podría dudarse de la exactitud del hecho; pero yo le tengo por verídico. Juan Betschen, que nunca había oído hablar de semejantes aves, no pudo inventar y describir minuciosamente tal lucha, cuyos detalles refirió á su salvadora, así como á las personas que, ya cerca de las casas, le lavaron y vendaron las heridas. Tanto el muchacho como su familia me merecen entero crédito; y en cuanto á las heridas, que yo mismo examiné poco despues, consistían en tres considerables rasguños en el occipucio, que penetraron hasta el cráneo; en el pecho y en los costados vi marcadamente señales azuladas y sangrientas producidas por las garras; y la pérdida de sangre había sido considerable, tanto que el muchacho estuvo muy débil durante ocho días. En mi opinion no se puede dudar de la exactitud del relato y de la veracidad del hecho. Pero ¿cómo averiguar del niño, que nunca había visto tales aves, y sobre todo despues del espanto que le infundió la lucha, si su agresor fué un águila real ó un gipaeto barbudo? Comencé á interrogarle y me contestó lo mejor posible. Recordaba particularmente el terrible pico corvo, en el cual vió, al elevarse el ave, algunos de sus cabellos y su sangre; parecióle que tenía tambien un anillo al rededor del cuello, y las alas manchadas de puntos blancos, chocándole sobre todo unas cerdas erizadas debajo del pico.»

El cura sometió al muchacho á un exámen, del cual nos habla Girtanner brevemente. Despues de enseñársele varios grabados, resolvióse ir con él á Berna; y conducido al primer museo, no reconoció en el águila real á su adversario; pero al ver un gipaeto barbudo jóven comenzó á vacilar, porque el ave le pareció semejante á su enemigo, por la forma y el tamaño del pico, así como por las cerdas, pero no por el color de las plumas. Cuando al fin se le condujo ante un gipaeto barbudo adulto, exclamó apenas le vió: «¡Este sí que es! Reconozco el pico, las manchas blancas, el anillo al rededor del cuello, y tambien las cerdas.» El muchacho no dudó ya que un gipaeto barbudo, de cuello, pecho y vientre amarillo, había sido su adversario.

«Por pocos que sean, afortunadamente, los casos en que el gipaeto barbudo ataca al hombre en general, y sobre todo á los niños, continúa Girtanner, no dudo, por lo menos, que estos ataques ocurren, y cada cual puede creer en este punto lo que quiera; pero no consta ningun caso de que el gipaeto

barbudo haya atacado tambien á los hombres adultos con la esperanza de vencerlos, ó los haya precipitado en un abismo ó dado muerte de otro modo. Sin embargo, los cazadores, viajeros y pastores que estando en un sitio peligroso de la montaña oyeron de pronto los aletazos de la poderosa ave, que con la rapidez del rayo pasó por encima de ellos en direccion al precipicio, no quieren creer tampoco que solo la casualidad condujo al ave por tal sitio. Podría citar datos que me han dado hombres como Baldenstein, verdadero cazador montañés y además observador concienzudo, refiriendo incidentes en que se describe de un modo conforme lo terrible de semejante situacion en los parajes solitarios; pero como ya he dicho, faltan ejemplos de haber ocurrido desgracias debidas verdaderamente á tal causa. A pesar de esto, aun los mas propensos á la duda no se atreverán á considerar el mal éxito de los ataques repetidos del ave como consecuencia de su debilidad y estupidez.»

Nuestros conocimientos sobre la reproduccion del gipaeto barbudo se han ampliado estos últimos años con las noticias de varios observadores. Todos están bastante conformes en que esta ave, así como otras especies de su órden, incuba repetidas veces en el mismo nido y tambien en medio de otros vultúridos. Un nido visitado por Lilford en España había servido desde tiempo inmemorial, segun aseguraban los habitantes de los pueblos inmediatos. El gipaeto barbudo, lo mismo que otras aves de rapiña, suele elegir una espaciosa cavidad de la roca, en un punto casi siempre inaccesible; pero segun dice mi hermano, puede suceder tambien que anide apenas á diez metros de altura sobre el suelo. Hasta ahora no se sabe si esa rapaz construye por sí misma el nido, ó si ocupa solo el de otra ave de rapiña; ni tampoco hemos averiguado con seguridad si la pareja ocupa todos los años el mismo nido ó si cambia entre varios. Segun las observaciones de Girtanner, en Suiza elige una roca inaccesible y desprovista de vegetacion, situada á bastante altura en la montaña, prefiriendo las que tengan una saliente que pueda servir de techo á una cavidad espaciosa. Un cazador de quien hace mencion Girtanner, aseguraba haber encontrado un nido sobre tres encinas mutiladas que estaban muy próximas y junto á una gran roca. Ya en los últimos meses del año el ave visita con regularidad su nido, pues en enero, ó mas tarde en los primeros días de febrero, empieza la incubacion. La mayor parte de los casos conocidos demuestran que la hembra pone regularmente un solo huevo; pero Saratz dice que en el nido situado cerca de Camogask se vieron desde la roca opuesta, primero uno, y despues dos polluelos, con lo cual está conforme una noticia de Adams, de que mas tarde haré mencion. Los huevos son grandes, redondeados, muy granujientos, de color blanquizco sucio, con manchas mas ó menos extensas, á veces de color ceniciento ó gris rojo, mezcladas con otras amarillas, ó rojo pardas, mas espesas por debajo, ó al rededor del centro del huevo. No se sabe cuánto tiempo dura la incubacion; los polluelos se ven á primeros de marzo, ó lo mas tarde en abril, tanto en Suiza como en el mediodía de España y en el norte de Africa.

Creo que mi hermano es el primer naturalista que pudo examinar un nido de gipaeto: hallábase situado en un cinto pedregoso protegido contra los rayos del sol por una roca saliente, á unas cincuenta brazas del suelo; pero se podía llegar fácilmente. El nido era muy grande; su diámetro sería de 1^m,60 y su altura de 1 metro; la excavacion central media 0^m,60 de diámetro y 0^m,14 de profundidad. El armazon se componía de ramas largas cuyo grueso variaba entre el dedo pulgar y el brazo de un niño; seguía luego una delgada capa de ramitas en las que estaba formada la excavacion central,

cubierta de fibras de corteza, pelos de vaca y crines de caballo. Los alrededores de la roca estaban cubiertos de una espesa capa de excrementos de color blanco de nieve.

Simpson visitó otro nido en Grecia: Krueper nos dice que se componía de fuertes ramas, que era plano y estaba relleno de pelos de cabra: en el centro había un gipaeto de tres semanas, rodeado de una gran cantidad de huesos, de un pié de asno entero y de abundantes tortugas. Los padres se acercaron luego; lanzaron silbidos semejantes á los de los

pastores, y estaban sumamente agitados; pero no osaron acometer á Simpson, ó por lo menos, no dice Krueper nada de ello.

Véase ahora lo que refiere Adams acerca de un tercer nido que halló: «En Himalaya, dice, anida el gipaeto sobre las rocas, en lugares inaccesibles: el periodo del celo comienza en abril ó mayo. En los alrededores de Simla vi un nido con dos hijuelos en la caverna de una roca á pico; alrededor había una gran cantidad de huesos de carnero y de otros ani-

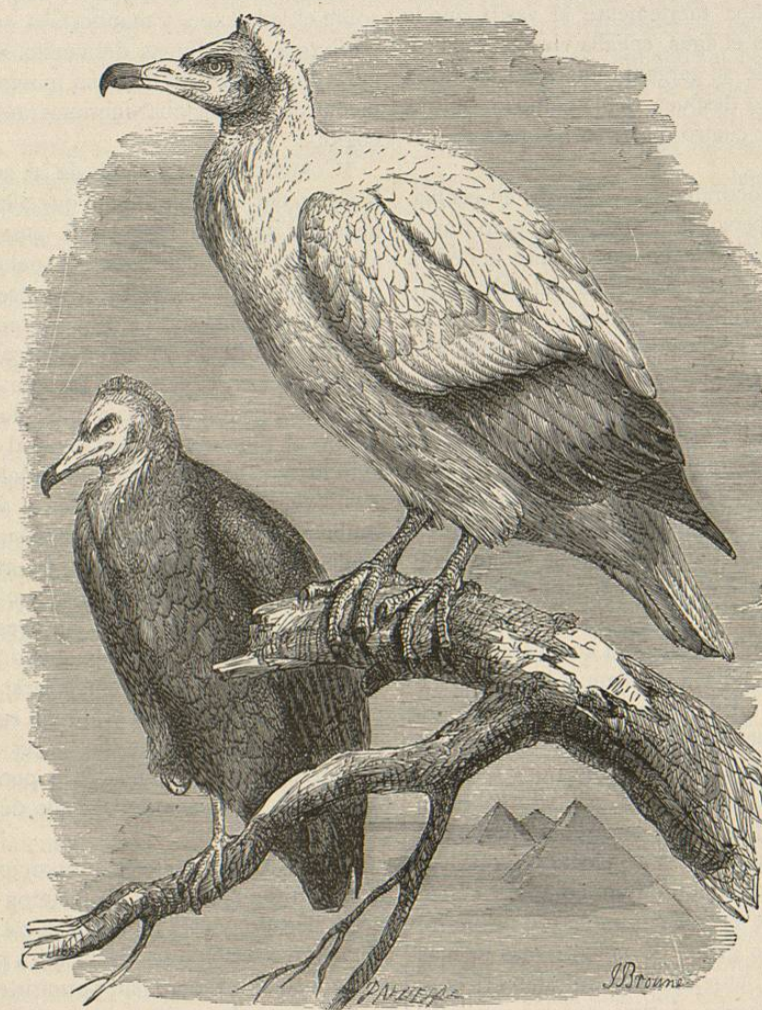


Fig. 173.—EL NEOFRON MONJE

males; eran restos procedentes de un establecimiento europeo situado á pocas millas de allí.»

Exceptuado el hombre, el gipaeto tiene pocos enemigos; pero le atormentan muchos animales. Mi hermano vió un día á varios seudaetos perseguir á una de estas rapaces; segun Adams, el goivinda y el anomalocorax son los que mas le hostigan; Simpson añade que los pequeños halcones le acometen y asedian á menudo.

CAZA.—Ya se comprenderá que la de esta ave es de las mas difíciles: á no mediar una feliz casualidad, no se puede tirar sobre ella sino al acecho, situándose cerca de su nido ó de algun resto animal que sirva de cebo; en Suiza vierten sangre sobre la nieve para atraer á la rapaz. Una vez herido, no intenta nunca el gipaeto defenderse contra el hombre; limitase á erizar las plumas y abrir el pico, y aun trata de coger á su adversario; pero se le domina muy pronto. Tiene mucha resistencia vital, y se necesita un tiro muy certero para matarle. Yo disparé una vez sobre un individuo, y la bala le destrozó el hígado saliendo por la region lumbar; el ave cayó á tierra, y sobrevivió aun treinta y seis horas á su herida.

Tambien se puede coger á esta rapaz por medio de trampas, con cebo de carne.

CAUTIVIDAD.—Se ha observado á menudo al gipaeto cautivo, y se ha visto que se conduce lo mismo que cuando está libre: á principios de marzo de 1857 recibió mi hermano un individuo jóven; habíanle cogido dos pastores, que se lo dieron á un carnicero para que lo alimentase; al apoderarse de él, comenzaron á volar los padres alrededor; pero no acometieron, bastaron algunas pedradas para ponerles en fuga.

«Cuando le vi por primera vez, dice mi hermano, era muy torpe; no podía tenerse en pié, y para levantarse tenía que apoyarse desde luego sobre los tarsos, ó sobre el vientre. Tomaba con el pico los pedazos de carne que le daban; lanzábalos al aire, los recogía con mucha destreza y se los tragaba. Si se le introducían por fuerza en el buche huesos puntiagudos ó de ángulos salientes, hacia esfuerzos para vomitar, hasta que lograba expelerlos.

» Le dejé aun cierto tiempo en casa de su antiguo propietario; pero como todas las semanas me llamaban al pue-